

Una máquina de escribir

Colección
Las
formas
del
fuego

Una máquina de **escribir**

Jorgelina Rodríguez

**Ilustraciones
Kevin Nava**



1.^a edición, 2019.

© Jorgelina Rodríguez

Ilustraciones
Kevin Nava

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2012
Centro Simón Bolívar, Torre Norte piso 22, urb. El Silencio
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (0212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal N° DC 2019000547
ISBN 978980-01-2001-9

Premio del Concurso para Autores Inéditos,
mención Infantil, edición 2012.



El último día de clases la maestra Isabela nos preguntó a cada uno lo que íbamos a hacer en vacaciones.

Simón iba a Margarita, María Angélica a la Gran Sabana, Carolina viajaría a Los Roques, Alejandro a Mérida para conocer la nieve, Luis Ernesto estaría con su familia en Maracaibo, Claudia iría con sus abuelos a París, y Miguel Antonio le daría la mano a Mickey Mouse en Disneylandia.

Me senté a propósito en el puesto del fondo y traté de ocultarme tras los cabellos ensortijados de Sofía.

Pero fue en vano. La maestra se acercó a mi pupitre y cruzó los brazos mientras todo el salón dirigía la mirada hacia mí:

—A ver, Adrián, ¿qué vas a hacer tú?

Respiré profundo y tomé valor para decir la verdad, porque siempre la digo aunque me cueste. Todos esperaban callados mi respuesta:

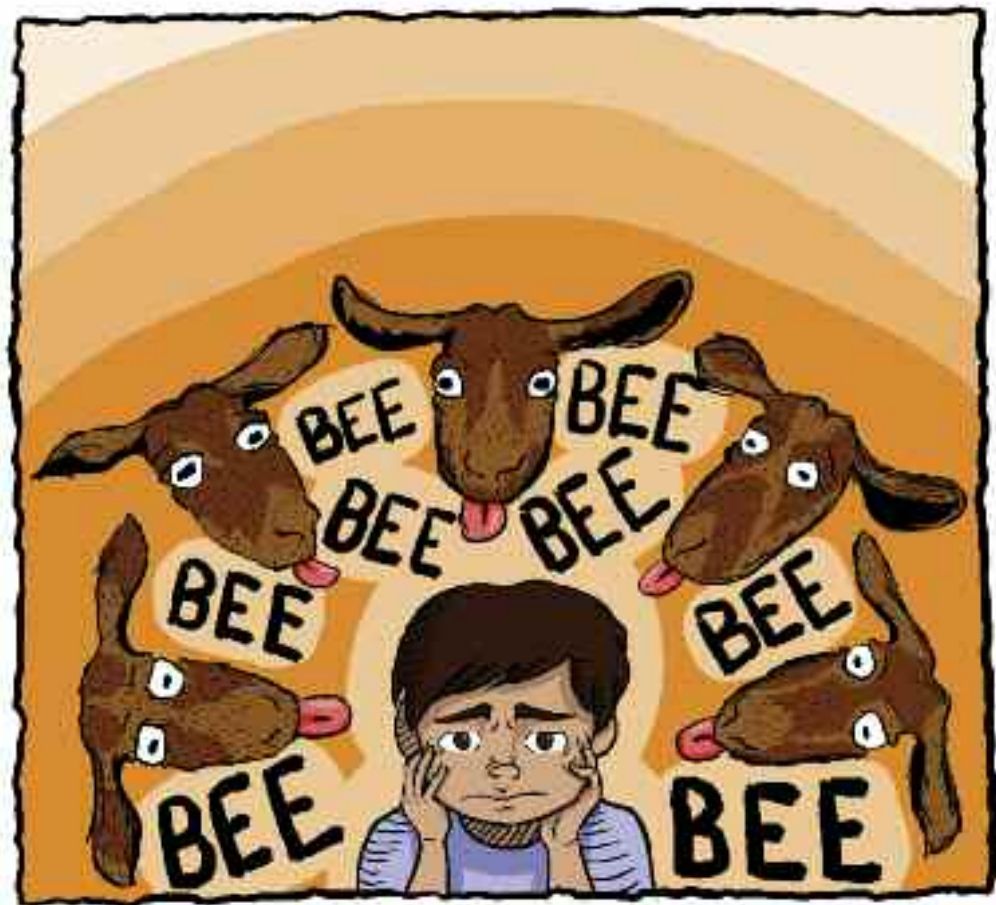
—Pasaré las vacaciones entre cabras.

—¿Cabras? —preguntó la maestra asombrada.

—Sí, de esas que tienen barba y dicen bee, bee.



Todos rieron y como sonó el timbre de salida aproveché para tomar el morral y salir corriendo sin explicar más.





Yo vivo con mi mamá y paso temporadas con mi papá. Él es veterinario, siempre está en el campo entre animales, y durante mis vacaciones me toca acompañarlo.

Cuando crezca me gustaría parecerme a él: es alto y fuerte. Aunque tengo una perrita coqueta llamada Chiqui y me agradan las mascotas, cuando sea grande quiero ser detective. Me gusta investigar y descubrir qué hay detrás de las cosas sospechosas.

En el edificio donde vivo con mi mamá hay un perro que hace pipí en la puerta de la señora Jacinta. Su apartamento está frente al nuestro y nadie sabe qué perro es.

Yo me puse a mirar hacia el pasillo por el ojo mágico de mi puerta y vi que el perro del señor Rodolfo,

quien vive justo al lado de la señora Jacinta, levantó la pata y orinó.

Cuando la señora Jacinta salió se dio cuenta de que otra vez habían hecho pipí en su puerta, pero ya no estaba el perro. Sin embargo, el señor Rodolfo la escuchó y se acercó a consolarla, luego conversaron un rato. Yo había resuelto el caso aunque no dije nada. Creo que al señor Rodolfo le gusta la señora Jacinta y su perro le da un motivo para charlar con ella.

Estaba pensando en esas cosas mientras mi papá manejaba. Íbamos por una carretera larga, recta y solitaria donde solo se veían vacas y caballos.

Durante una parte del trayecto recorrimos una autopista por donde pasaban muchos carros. Me puse a contar los azules y los rojos. A veces, cuando mi papá me lo permitía, sacaba la cabeza por la ventanilla y dejaba que el viento secara mi lengua, o abría la boca para sentir cómo el aire inflaba mis cachetes.

Íbamos escuchando unas viejas canciones de amor que son las mismas que a mi papá le gusta tocar en la guitarra. Creo que son las únicas que se sabe.



Mientras las oía me puse un poco triste y recordé que no quería ir para ese lugar donde no había nada. Solo compartiría con mi papá, su esposa y mi nuevo hermano que apenas dice gu-gu-ta-ta.

—Papi, ¿allá hay niños?

—¿Allá dónde? —me preguntó distraído mientras bajaba la música.

—Allá, con las cabras, a ese lugar donde vamos— «y donde pasaré las peores vacaciones de mi vida», pensé.

—Sí, claro, los hijos de los trabajadores y también tu hermano, a él le gusta jugar.

—¿A qué —le pregunté desanimado— si apenas tiene un año?

—A la pelota, a los carritos.

«¡Oh, qué divertido!» pensé, creo que me voy a aburrir mucho y ya quiero que comiencen las clases de nuevo.

Llegamos de noche. No podía saber cómo era ese lugar porque había pocas luces. Mi papá bajó la maleta y yo mi morral donde tengo lo más preciado: la videoconsola, mi cámara fotográfica, un juego de cartas, mi camisa de la Vinotinto y una libreta donde anoto todas las cosas que me parecen curiosas.

Un investigador debe ser observador y perspicaz, además debe registrar todo aquello que le llame la atención. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar.

Mi hermano estaba dormido en su cuna, no lo veía desde las últimas vacaciones cuando todavía era un bebé. Mi papá me había mandado fotos y dice que se parece a mí cuando yo era así de chiquito.

La esposa de mi papá es una señora seria, me recuerda a mi maestra de segundo grado a la que nada le gustaba. Siempre se está quejando, aunque a mí no me dice nada.

—Como mañana es domingo y no se trabaja, te voy a presentar a todos los que viven aquí. Ya vas a ver que la vas a pasar bien.

Sé que mi papá me lo decía para animarme.

—También iremos a ver las cabras.

Me tocaba compartir el cuarto con mi hermano, él se llama Diego. Le acaricié la piernita y creo que le dio cosquillas porque giró la cabeza para otro lado.

Miré por la ventana, cantaban los grillos. La noche era oscura de verdad. No pude percibir si se veían las estrellas porque había una tela metálica que impedía que entraran los mosquitos. Algunos que se atrevieron a hacerlo quedaron despachurrados.

Diego tenía un peluche gracioso. Era un elefante que olía a bebé, lo puse en mi cama para que me hiciera compañía.

—Buenas noches hermanito.

Le di un beso en la frente y me dormí.





Después de desayunar arepa con queso de cabra, me puse unas botas de goma y acompañé a papá adonde estaban los animales.

Había cabras grandes y pequeñas, algunas alpinas y otras mestizas, según me explicó. Había un solo macho de aspecto imponente, de una raza traída de las islas Canarias.

Las hembras adultas tenían las ubres enormes para alimentar a los cabritos. De ellas se obtiene la leche con la que se hacen los quesos.

Mi papá se acercó a las más grandes y barrigonas. Aunque estaban encerradas en un espacio amplio, tenían tierra amontonada para trepar porque son inquietas.

Yo me aproximé a los más pequeños. Al principio me tenían miedo pero luego me lamieron la mano con su lengüita áspera, siempre diciendo bee bee.

—¿Te gusta alguno? —me preguntó mi papá.



—No puedo tenerlo en el apartamento, mi mamá dice que con Chiqui es suficiente.

—Pero mientras estés aquí puedes adoptar uno, así que ponle un nombre.

Unos eran negros, otros blancos y marrones. Yo me decidí por uno que tenía manchas. Mi papá me dijo que era hembra, así que la llamé Manchita, y él me dio permiso para ir a visitarla cada vez que yo quisiera.

Me contó que él trabajaría allí solo por una temporada. Las cabras habían sufrido algunas enfermedades y él les estaba salvando la vida.

Papá me mostró el área de los quesos. Me explicó cómo hacían con la leche cuando le aplicaban el cuajo y los distintos tipos de quesos que se producían: los frescos, los madurados y los intermedios a los que les llaman semi-madurados. Los probé todos y me encantaron.

Me costaba creer que el queso que se comía a diario en mi casa se hiciera de manera tan sencilla.

Papá me aclaró que los quesos que comemos normalmente son de leche de vaca porque la vaca produce más leche que una cabra, pero la leche y los quesos de esta última tienen un sabor muy especial.

Me prometió que me llevaría a ordeñar, y con esa leche, un poco de limón o vinagre a modo de cuajo, una tela para escurrir el suero y un recipiente de la cocina, haría yo mismo un queso.



En las casas vecinas apenas se estaban despertando. Eran cuatro, pequeñas.

—Aquí vive la señora Romualda con su esposo Vicente y su nieto Catire —me dijo papá frente a la primera casa que visitamos. Tenían una hamaca de muchos colores en el zaguán.

Se asomó una señora rechoncha de cabello blanco amarrado con una pañoleta, portando una taza.

—¿Quieren café? —nos preguntó sonreída.

—Ya tomé, gracias, quería presentarle a mi hijo Adrián, vino a pasar las vacaciones con nosotros.

La señora me miró con atención.

—Es igualito a usted, doctor. Voy a llamar a mi nieto para que lo conozca. ¡Catireeee!

Y apareció Catire. Era como de mi tamaño. Tenía los pelos parados un poco rubios, le faltaban algunos dientes y además era ojón.

—Salude al muchacho —dijo la abuela.

—Hola —balbuceó y se metió en su casa de nuevo corriendo.

Las otras casas estaban más juntas. Nos acercamos por la parte de atrás porque todas las familias se preparaban para un sancocho.

Es una palabra graciosa: san-co-cho. Mi papá dice que yo lo había probado cuando era pequeño pero no me acuerdo. Me explicó que es una sopa muy nutritiva que lleva verduras y carne o pescado, la hacen en una olla grande y la cocinan a la leña. Reunirse para prepararlo y comer sirve como celebración en la cual la gente se divierte y hasta baila.



Algunos señores estaban acumulando la verdura que iban a pelar y otros juntaban palos que servirían como leña. También había algunas señoras que arrullaban a unos bebés.

Había dos niños y una niña montados en un árbol. Un hombre alto y huesudo les pidió que bajaran y ellos obedecieron, acompañados de una iguana. Me los presentaron.

Teodoro (Teo) era más alto que yo y muy flaco. Las orejas le sobresalían. Napoleón (Napo) era bajito y narizón. En cambio Dulce, así se llamaba la niña, parecía un ángel. Era bellísima, su cabello bailaba con el viento y sonrió un poco mostrando un hoyito en el cachete. Era la hermana de Napo.

Mi papá les dijo que yo iba a estar allí todas mis vacaciones. Yo me había olvidado ya de esa larga palabra: va-ca-cio-nes, y todos los días que aún faltaban para volver al colegio.

Pero bueno, a mí me gusta estar con mi papá y, después de todo, durante el año lo veo muy poco.

Los niños y la iguana regresaron a la copa del árbol en seguida y los mayores se entretuvieron jugando bolas y preparando el sancocho.





Al día siguiente mi papá y todos los señores se fueron a trabajar. Yo me quedé en la casa con mi hermano y su mamá, quien en ese momento lavaba la ropa.

Para no aburrirme tan pronto, ya que tenía todas las vacaciones para hacerlo, me puse la camisa de la Vinotinto y comencé a dar patadas a la pelota. Me fui por aquí y por allá distraído con el balón.

Al levantar la vista me di cuenta de que los niños me veían desconsolados. Entonces les pasé la pelota y colocamos unas piedras como arquería. Éramos dos contra dos. Dulce nos miraba sentada en un columpio que colgaba de lo alto de un árbol inmenso y la iguana correteaba como queriendo participar del juego.

Me emocioné, fue muy divertido. Todos jugaban muy bien. Nos metieron cinco goles pero nosotros anotamos ocho y nos abrazamos con alegría.

No seguimos jugando porque teníamos sed, así que Catire nos ofreció helados de tamarindo de los que preparaba su abuela.

Estaban sabrosos, tenían un sabor amargo y dulce. Mientras mordisqueaba el hielo del helado, aún con mucho calor, me di cuenta de que todos me estaban empezando a parecer simpáticos y que en aquel lugar podía llegar a divertirme.

Bueno, tal vez.

Caminé por la zona de las cabras. Mi papá las inyectaba. Algunos señores las ordeñaban, otros limpiaban los excrementos o les daban comida. Ya habían llegado algunos compradores al galpón donde se hacían los quesos.

En una casa contigua vivían los dueños y a un lado había un cobertizo lleno de cachivaches. Yo me puse a mirar desde afuera y pude ver cosas interesantes, pero todas llenas de polvo y telarañas. Había un gato grande de porcelana, algunos muebles viejos y una máquina de escribir.

Nunca había visto una máquina de escribir de verdad, como la que usaba Sherlock Holmes, el detective más famoso de la literatura inglesa.

Un señor me tocó el hombro. Tenía los cachetes rosados y la barba blanca.

—Hola, muchacho —me dijo con un acento raro. Luego mi papá me contó que había nacido en Francia pero había crecido en Martinica, la isla antillana.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Adrián.

—Oh, es cierto, tu papá me dijo que te llamabas Adrián, yo soy Laurent —y me extendió su mano.

Me abrió la puerta del cobertizo y entré con él a mirar todo. Había cámaras antiguas, espejos, juguetes viejos y libros.

Yo, sin embargo, fui directo a tocar la máquina de escribir negra. Él tomó una hoja y la metió por el rodillo, comenzó a sonar algunas teclas y fue escribiendo mi nombre:

ADRIÁN

Yo estaba muy emocionado.

—¿Te gusta? —me preguntó el señor.

—Mucho —le contesté.

—¿Quieres ser escritor?

—No, detective —le respondí.

—Bueno, te la presto.

Ya con esa máquina de escribir solo me faltaba encontrar un caso por resolver.





El caso me llegó de repente. Una tarde, cuando comenzó a oscurecer, la pelota se fue hacia la zona del río. Quise ir a buscarla pero mis amigos me lo impidieron.

—Es peligroso —dijo Dulce.

—Hay un fantasma —me aseguró Napo.

—Sí, alguien que se ahogó en el río y aparece en las noches —completó Catire.

—Por eso nunca vamos para allá cuando oscurece —aclaró Teo.

—No vayas —insistió Dulce.

Al día siguiente nos acercamos. No pudimos encontrar la pelota.

Mi mamá me ha dicho que los fantasmas no existen.

Anoté con la máquina de escribir:

CASO DE INVESTIGACIÓN:

El fantasma del río

DETECTIVE: Adrián.

ASISTENTES: Catire, Dulce, Teo, Napo.

SITUACIÓN: en la zona del río desapareció la pelota. Se dice que hay un fantasma que se lleva los juguetes.

INSTRUMENTOS:

2 cuerdas

ramas de árboles

linternas

silbato

cámara fotográfica

juguete

Y planificamos la estrategia. Mis amigos consiguieron en sus casas todo lo que necesitábamos y mantuvieron el secreto. Es muy importante para un detective y sus asistentes guardar silencio sobre la estrategia de investigación.

—Papá, ¿los fantasmas existen? —le pregunté a mi papá aquella noche mientras enseñaba a caminar a mi hermano.

—Yo nunca he visto uno.

Al día siguiente se lo pregunté al señor Laurent cuando iba a la quesera.

—Lo único que existe es el miedo.

Anoté con la máquina de escribir:



Un detective no puede tener miedo.



Durante el día hicimos una choza con unas ramas y organizamos todo lo que habíamos pensado.

Nos encontramos al oscurecer frente a la casa de Catire. Todos estaban asustados, pero un detective no puede tener miedo.

Me puse el silbato en la boca para llamarlos si había alguna emergencia. Amarré el extremo de una cuerda a mi cintura y el otro extremo lo sostendrían mis amigos lejos del río, así podrían halarme en caso de que el sonido les avisara. A su vez, amarré la punta de la otra cuerda a un carrito de mi hermano y el otro extremo lo até a mi muñeca. Si el fantasma quería llevárselo, yo sentiría cuando él lo halara y le tomaría una foto.

Aunque todo estaba bien organizado, Dulce, Teo, Catire y Napo seguían aterrados. Yo me puse a pensar que un fantasma, si existiera, sería algo muy serio y yo podría desaparecer con él... Sin embargo la cuerda que me unía a mis amigos, quienes tirarían con fuerza en caso de que yo les avisara, no permitiría que me sucediera nada malo.

Se despidieron de mí como si no fueran a verme más. Dulce lloraba, Teo me abrazó fuerte, Catire temblaba y Napo me pidió que no lo hiciera.

Yo me adentré por el sendero que lleva al río, alumbrando el camino con la linterna. Me metí en la choza de ramas para ocultarme y tenía la cámara dispuesta mientras me mantenía atento a cualquier halón que pudiera sentir mi mano.

El tiempo pasaba, las hormigas me hacían cosquillas y nada ocurría. Se escuchaba el riachuelo y las ramas de los árboles chocando en lo alto, empujadas por el viento, y algunas veces el ronquido de un jaguar que me parecía que tenía hambre.



Creo que ya me estaba quedando dormido cuando sentí en mi mano que querían llevarse el juguete. Disparé la cámara y el *flash* iluminó todo por un segundo. Aunque no logré ver al fantasma, no se pudo llevar el juguete y me pareció haberlo fotografiado.

Fui contento a buscar a mis amigos que me aguardaban asustados.

—¿No te pasó nada?

—¿Estás bien?

—¿No se llevó el juguete?

—No, y creo que logré fotografiarlo.

Observamos la cámara en la casa, bajo la luz que encendían en el recibidor durante las noches. Mi papá se acercó y juntos detallamos la foto del fantasma que aparecía en el río.

—Es un araguato.

—¿Un araguato? —exclamaron mis amigos al unísono.

—Sí, una especie de mono propio de esta zona: el *Alouatta seniculus*. Si se fijan, tiene el rostro negro y el pelaje color canela, aunque con destellos amarillos en la espalda. Viven en manadas de varias hembras con un solo macho, el cual produce aullidos semejantes a los del jaguar.

«Con razón ese ronquido», pensé.

—Se llevó mi pelota —le dije a mi papá— y muchas cosas que estaban cerca del río.

—Son juguetones, deben tenerlas escondidas en los árboles. Déjalos que aprendan a jugar fútbol, yo te consigo otra pelota —me dijo sonriendo.

—Mi abuela siempre me ha dicho que allí hay un fantasma —insistió Catire, rascándose la cabeza.

Acompañamos a papá a casa de la abuela de Catire para preguntarle por el fantasma del que ella hablaba.

—¡Qué fantasma ni que nada! Eso se lo digo yo a mi nieto para que no haga travesuras y no se vaya lejos. Esas cosas las decían en el campo cuando éramos pequeños para que nos portáramos bien y mire, nos portábamos derecho, derecho.

Nos miramos contentos de haber resuelto un caso tan difícil y misterioso. Mis amigos no podían creer que no existiera un fantasma en el río.

Mi papá nos construyó una casa de madera en lo alto de un árbol de mamón y nos hizo una escalera para trepar. El señor Laurent nos prestó unos binoculares y unos cuentos viejos del cobertizo de los cachivaches.



Allí pasábamos los días, observando los pájaros de todos colores que llegaban a los árboles cercanos para comer, cantar, hacer sus nidos o dormir. Y les dábamos comida a las ardillas que se acercaban a saludarnos. Leíamos, jugamos a las cartas, contamos chistes y adivinanzas.

Tenía la máquina de escribir preparada, por si aparecía un nuevo caso que ameritara la investigación de un detective.

Le dije a Dulce lo bonita que me parecía. Es más linda que la taranga pico de plata y que el canto de los azulejos.

Los cinco nos hicimos amigos para siempre. El tiempo pasó rapidísimo y sin darme cuenta se acabaron las vacaciones más divertidas de toda mi vida.





El día que tuve que marcharme estaba muy triste. Todos fueron a despedirse de mí: mi hermano, su mamá, Dulce, Catire, Teo y Napo, quien sujetaba fuerte a mi cabra adoptiva para que me dijera adiós. Manchita me lamió la mano y sus ojos lucían afligidos. También apareció la iguana.

Por último llegó el señor Laurent apresurado, cargando la máquina de escribir. Dijo que podía quedármela.

Durante el regreso miraba con nostalgia la carretera a través de la ventana del carro y se me salieron algunas lágrimas. Además comenzó a llover y me pareció que el mundo lloraba conmigo.

—Papi, ¿voy a volver allí las próximas vacaciones?

—No lo sé, hijo querido, pero donde quiera que vayamos siempre será divertido.



Me alegró mucho volver a ver a mi mamá y reencontrarme con mis amigos del colegio.

La señora Clotilde será mi maestra en este nuevo grado. El primer día de clases nos pidió una redacción sobre nuestras vacaciones. La más original se ganaría un premio.

Mis amigos del salón aún recordaban que iba a pasar mis vacaciones entre cabras, pero no se podían figurar cuánto las disfruté.

Gané el premio. Ahora no sé si solo quiero ser detective o también escritor.

Mi papá me mandó unas cartas de mis amigos de la granja. Me hicieron dibujos de los araguatos y de la casa en el árbol. Me extrañaban tanto como yo a ellos. Les prometí que volveríamos a encontrarnos.

Para las próximas vacaciones mi papá tendrá un nuevo trabajo cuidando el desove de las tortugas marinas y estará viviendo en un pueblo cerca de la playa.

Creo que me esperan muchas aventuras.



La máquina de escribir
se imprimió en agosto de 2019 en los talleres de la
FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA,
Caracas, Venezuela.
Son 5000 ejemplares.